

Alison Belsham

El ladrón de tatuajes

Traducción del inglés de
Virginia Maza

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*Para Rupert y Tim,
mis muchachos radiantes*

*Uno y dos, la carne adiós,
tres y cuatro, te doy un tajo,
cinco y seis, tatuaje no ves,
siete y ocho, voy a por otro.*

I

El hombre está inconsciente, le levanto por la espalda la camiseta, que está empapada de sangre, y dejo a la vista un tatuaje sublime. La fotocopia que llevo en el bolsillo está muy arrugada ya, pero aún puedo compararla con la imagen de la piel. Por suerte, la farola da bastante luz para ver los dos dibujos a la vez. Un tatuaje polinesio de formas redondeadas y en negro sólido le adorna el hombro izquierdo, con una elaborada cara tribal que me mira desde el centro con el ceño fruncido. De los bordes salen proyectadas un par de alas estilizadas. Una de ellas le baja por el omoplato y la otra le atraviesa hasta el lado izquierdo del pecho. Todo está manchado de sangre.

Las imágenes coinciden. Es él.

Todavía tiene pulso en el cuello, pero es tan débil que no me dará problemas. Es fundamental hacer el trabajo cuando el cuerpo aún está caliente. Si se enfría, la piel se tensa y la carne se endurece. Eso lo hace todo más difícil y no puedo permitirme ningún error. Por supuesto, al desollar un cuerpo vivo, acaba habiendo mucha más sangre. Pero la sangre no me importa.

Tengo la mochila cerca, la tiré por ahí cuando lo metí entre los arbustos. La verdad es que fue bastante fácil, el parque está vacío a estas horas. Solo me hizo falta darle un golpe por detrás en la cabeza para que cayera de rodillas. Sin ruido. Sin escándalo. Sin testigos. Ya lo había visto venir por aquí al salir del pub y sabía dónde encontrarlo. Qué tonta es la gente. No sospechó nada, ni siquiera cuando fui hacia él con una llave inglesa en la mano. Segundos más tarde, tenía una herida en la sien, y la sangre,

derramada por el suelo. No podía haber ejecutado el primer paso de forma más impoluta.

Una vez que lo tuve en el suelo, le pasé las manos por debajo de las axilas y lo arrastré tan rápido como pude sobre el empedrado. Quería esconderme entre los matorrales, para que no nos vieran. Pesaba mucho, pero estoy fuerte y conseguí meterlo por un hueco entre dos laureles.

El esfuerzo me ha dejado sin aliento. Extiendo las manos, con las palmas hacia abajo. Se aprecia un ligero temblor. Aprieto los puños y vuelvo a extender los dedos. Las manos aletean como mariposas nocturnas, como aletea mi corazón contra las costillas. Lanzo una maldición en voz baja. Necesito que la mano esté firme para cumplir mi tarea, pero tengo la solución en un bolsillo de la mochila: una caja de pastillas y una botella de agua. Propranolol, el betabloqueante favorito de los jugadores de billar. Me trago un par y cierro los ojos, esperando a que hagan efecto. Cuando vuelvo a comprobarlo, el temblor ha desaparecido. Ya puedo empezar.

Respiro hondo, meto la mano en la mochila y palpo el estuche de los cuchillos. Me gusta el tacto suave del cuero, que deja sentir el acero. Anoche estuve afilando las hojas con mimo. Fue como si intuyera que hoy iba a ser el día.

Dejo el estuche sobre la espalda del hombre y desato los cordones. El cuero se despliega con un suave tintineo de metal, las cuchillas frías en la yema de los dedos. Elijo el cuchillo de mango corto que utilizaré para los primeros cortes y marco el contorno de la piel que voy a desprender. Después, para el desollamiento en sí, utilizaré uno más largo de hoja curva. Los compré en Japón y me costaron una pequeña fortuna. Pero lo valen. Los fabricaron empleando las mismas técnicas que se utilizaban para las espadas de los samuráis. Gracias al acero templado, puedo cortar con rapidez y precisión; es como si estuviera esculpiendo en mantequilla.

Dejo los demás cuchillos en el suelo, al lado de su cuerpo, y vuelvo a tomarle el pulso. Es aún más débil que antes, pero sigue vivo. La cabeza no deja de gotear sangre, aunque más despacio. Hora de hacer un tajo rápido y profundo en el muslo izquierdo. Ni espasmos, ni respiraciones fuertes, tan solo un rezumar constante de sangre oscura y resbaladiza. Dios, que no se mueva mientras corto.

Ha llegado el momento. Con una mano, tenso la piel y practico la primera incisión. Dejo resbalar el filo rápidamente desde la parte superior del hombro y a través de los ángulos prominentes del omoplato, siguiendo el contorno del dibujo. La hoja deja tras de sí una estela roja que se siente caliente al caer sobre los dedos. Contengo la respiración mientras el cuchillo se abre paso, saboreando el estremecimiento que me sube por el espinazo y la ráfaga de sangre caliente que me golpea entre las piernas.

El hombre estará muerto para cuando termine.

No es el primero. Y tampoco será el último.

Capítulo 1

Marni

Las agujas se clavaban en la piel tan rápido que el ojo no podía distinguirlas y dejaban tinta negra en la dermis y atrás, sobre la superficie, un ramillete de rosas de sangre rezumante. Cada pocos segundos, Marni Mullins limpiaba las gotas con un trozo de papel absorbente, para ver mejor los trazos sobre el brazo de su cliente. Después de untar un poco de vaselina, volvía a hundir las afiladas puntas en la carne y dibujaba una nueva línea negra destinada a durar para siempre. La alquimia de la sangre y de la tinta.

Marni intentaba refugiarse en su trabajo, dejándose transportar por el zumbido y la vibración suave de la máquina que sostenía en la mano. Era una forma de evadirse, aunque fuera por un tiempo, de los recuerdos que la atormentaban y de todo aquello que jamás podría olvidar.

Negro y rojo. Así era el motivo que estaba dejando clavado en la piel del lienzo. Su cliente se estremecía bajo la presión de las agujas y se retorció cada vez que Marni le inmovilizaba el brazo con la misma mano que le pasaba por encima para limpiarlo. Sabía muy bien cuánto le estaba doliendo, ¿o no había aguantado ella también muchas horas en el extremo afilado de la máquina? Lo compadecía, pero ese era el precio que había que pagar: un momento de sufrimiento por algo que iba a llevar consigo toda la vida. Algo que nunca podrían arrebatarse.

Se apartó un mechón de pelo negro de la frente con el antebrazo y maldijo en voz baja cuando, acto seguido, se volvió a deslizar por delante de sus ojos. Torció la boca para echarlo a un lado con un soplado y metió la aguja de siete puntas en un tarrito con agua para cambiar la tinta negra por otra de gris pizarra.

— ¿Marni?

— Dime, Steve, ¿qué tal lo llevas?

El hombre estaba tumbado bocabajo sobre la camilla y giró la cabeza para mirarla, parpadeó y le hizo un mohín.

— ¿Podemos hacer un descanso?

Marni se miró el reloj. Llevaba trabajando con él tres horas seguidas; al darse cuenta, sintió de pronto toda la tensión que llevaba acumulada en los hombros.

— Claro, por supuesto. — Tres horas del tirón eran muchas para una sesión, incluso para alguien habituado—. Has aguantado como un jabato —añadió y dejó la máquina en el carrito que tenía junto a su taburete.

Siempre les decía lo mismo a todos, tanto si habían aguantado como jabatos como si no... Y Steve, con tanto moverse y quejarse, no era de los que sí, eso desde luego.

Pero ella también necesitaba tomar un descanso, porque empezaba a sentir claustrofobia. Siempre le pasaba lo mismo en las convenciones, metida en esos salones con luz artificial, aire viciado y el ruido de la gente. No había ventanas ni forma de saber si fuera era de día o de noche, y Marni necesitaba ver el cielo, necesitaba verlo siempre, daba igual dónde estuviera. Ahí dentro, casi no se podía respirar y hacía mucho calor, el salón de actos estaba atestado de cuerpos en proceso de ser tatuados y de curiosos apiñados para observar las agujas. Y todo eso al ritmo machacón de la música *rock* y el rechinar constante de las máquinas de tatuar sobre la piel ensangrentada.

Cogió aire y movió la cabeza de un lado a otro para descargar el cuello. El olor penetrante a tinta mezclada con sangre y desinfectante saturaba el ambiente. Se quitó los guantes de látex negros y los lanzó a una bolsa de basura. Steve estiraba y doblaba el brazo al tiempo que cerraba y abría el puño para que volviera a circularle la sangre. Cuando empezó a tatuarlo, no estaba así de pálido.

— Ve por algo de comer. Nos vemos aquí dentro de media hora.

Marni envolvió rápidamente el dibujo sanguinolento en papel *film* para que no entrara en contacto con suciedad y le señaló a Steve la cafetería. En cuanto el hombre se marchó, se abrió paso a empujones por las escaleras entre grupos de gente, llegó a la

planta baja y salió corriendo al exterior por una salida de emergencia. Apoyó la espalda contra la fría pared de cemento y cerró los ojos, centrada en relajarse, en conseguir que el peso de la multitud y del edificio entero dejara de oprimirle el pecho.

Abrió los ojos y pestañeó. El alumbrado artificial del salón de actos había dado paso a la deslumbrante luz del sol. Unas gaviotas planeaban sobre su cabeza, chillándose entre ellas, y, al final de la solitaria bocacalle, asomaba centelleante un seductor pedazo de mar. Saboreó el aire salobre y arqueó la espalda hasta que le hizo daño. Movié los hombros en círculos y le crujieron los huesos. Se tuvo que preguntar si se estaría haciendo mayor para tatuar, pero no sabía hacer otra cosa..., y lo cierto era que no quería dedicarse a nada más, qué narices. Llevaba tatuando desde que tenía dieciocho años, de eso hacía ya diecinueve, y en ese tiempo había grabado kilómetros cuadrados de piel.

Mientras metía la mano en el bolso para buscar un paquete de tabaco, Marni echó a andar a través del laberinto de callejuelas de los Lanes de Brighton. Era puente y los callejones estaban atiborrados de turistas que se movían atraídos como urracas por el brillo de las joyas de época y por las tiendas de antigüedades, o en busca del par de zapatos Brogue o del vestido ideales para esa boda, en una de las tiendas chic del barrio. En sus cafeterías preferidas no había ni un alfiler, pero le dio igual. Aquel día prefería tomar su chute de cafeína al aire libre, así que salió de los Lanes por North Street para atajar hacia el café-terraza de Pavilion Gardens.

Al llegar, vio que de la ventana de atención al público salía una cola larguísima y pensó que seguramente se le iba a hacer tarde para volver con Steve, pero que merecía la pena poder respirar aire fresco un par de minutos más. Miró hacia el cielo. Azul celeste. Aquel no era el azul claro y brillante de los días de verano; era un suave violeta diluido por hebras de nubes que parecían derretirse y desvanecerse hacia un horizonte gris y brumoso que se fundía con el mar. Todo era perfecto para un puente de primavera.

—¿Qué va a ser, guapa?

—Un americano. Que sea doble.

—De acuerdo.

—Y un *muffin* —añadió por si acaso. Tenía bajo el azúcar. No era lo mejor que podía comer una diabética, pero ya ajustaría luego la dosis de insulina para compensarlo.

Del Royal Pavilion salían grupos de excursionistas, charlando animadamente y cautivados por lo que acababan de ver dentro. Era un verdadero palacio de Disney construido durante la Regencia, una tarta de boda formada por un batiburrillo de cúpulas de cebolla, torres puntiagudas y estuco de un color crema apagado. Verlo le hacía pensar siempre en Sherezade y en *Las mil y una noches*. Marni se había enamorado de ese lugar el mismo día en que llegó a Brighton. Suspiró y se dispuso a buscar un sitio para sentarse. Todos los bancos estaban ocupados y la gente se repartía por el césped, comiendo y bebiendo, riendo o tomando relajada el sol.

Entonces lo vio a él y sintió una punzada en el estómago. Se giró como un rayo hacia la ventanilla y cruzó los dedos esperando que no la viera. Esa mañana no estaba de humor para hablar con su marido. Su exmarido, para ser exactos: un hombre impredecible en el mejor de los casos y siempre complicado, que despertaba emociones de lo más enfrentadas. Se habían casado cuando ella solo tenía dieciocho años y llevaban separados doce, pero no había un solo día en que no pensara en él. La custodia compartida no hacía más que complicar una relación que parecía hecha para ilustrar el concepto de amor-odio.

Se aventuró a echar otra ojeada y vio a Thierry Mullins cruzando el césped con paso airado y cara de pocos amigos. Era como si se escondiera de alguien, sin dejar de mirar hacia atrás y de un lado a otro. ¿Qué estaría haciendo ahí? Era uno de los organizadores de la convención y no debería moverse del sitio.

—Dos libras con cuarenta.

Marni pagó el café, cogió el vaso de plástico y se dirigió discretamente hacia la otra punta de la terraza, para que Thierry no la viera. Encendió un cigarrillo, con las manos temblando por la adrenalina. ¿Por qué la alteraba todavía de aquella manera? Llevaban más tiempo divorciados del que habían estado casados, pero él estaba exactamente igual que la primera vez que lo vio. Era alto, delgado y con una cara bonita, y llevaba la espalda cubierta por los tatuajes que habían hecho nacer su fascinación por ese arte vivo, una fascinación que iba a acompañarla toda la

vida. Si bien había veces que hacía por evitarlo, otras muchas se sentía atraída hacia él. Habían estado a punto de volver un par de veces, hasta que su instinto de autoprotección le había hecho pisar el freno, pero había perdido la esperanza de dejar atrás esa relación. Cerró los ojos, esperando a que los químicos hicieran su efecto.

Apagó la colilla sobre los posos del café, miró alrededor en busca de una papelera y vio un contenedor de plástico verde en la parte de atrás del local. Pisó el pedal para levantar la tapa y, al echar el vaso dentro, la golpeó una vaharada de aire pútrido. El hedor era mucho peor que el que cabría esperar del cubo de basura de un parque un día de no demasiado calor. Al mirarlo dentro, la bilis le subió a la boca y, al instante, deseó no haberlo hecho.

Entre latas de refresco aplastadas, periódicos viejos y envoltorios de comida rápida, vio algo: unas formas lívidas y tersas entre las que no tardó en reconocer un brazo, una pierna y un torso. Era un cuerpo humano y muerto, sin lugar a dudas. Algo se movía; era una rata que mordisqueaba el borde de una herida ennegrecida. Molesta por la violenta irrupción de la luz del día, desapareció entre la basura, dando chillidos.

Marni se echó para atrás y dejó caer la tapa.

Se marchó.